6. ENTUSIASMO: EXALTACIÓN DEL ÁNIMO QUE CAUTIVA

Introducción. Hoy recibimos la invitación a vivir "entusiasmados". Cuando nos referimos al entusiasmo pocas veces somos conscientes del significado de la palabra, en su raíz etimológica. Entusiasmo deriva de "éndon" (dentro) y de "Teós" (Dios). Una persona entusiasmada es aquella que tiene a Dios dentro. Y el entusiasmo no es solo la expresión alegre, apasionada, de nuestra forma de afrontar la realidad, sino que hunde su raíz en participar de la misma vida de Dios. Ser creados a imagen y semejanza de Dios, hace que lo humano, nos sirva como revelación del ser de Dios***. «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9).*** La humanidad, y la historia, que es el espacio donde la vida se desarrolla, se convierte para el creyente en un lugar teológico. La vida, la nuestra, la de los demás, los acontecimientos, los pensamientos, las emociones, los sentimientos, son ventanas que nos abren al Dios que desde la encarnación ha asumido verdaderamente todo lo humano. Dice el Concilio Vat II (GS22), que Jesús revela el hombre al propio hombre. Sólo en Él conocemos la plenitud a que hemos sido llamados y que sólo podemos alcanzarla permaneciendo junto a Él. Es el entusiasmo ese estado de plenitud al que Jesús nos quiere llevar.

Lo que Dios nos dice*. «Canción de las subidas. Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Recoge, Señor, a nuestros cautivos como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas» (Sal 126).*

Habla el Salmo del Exilio, del ser arrancados de lo propio, ser expulsados de dónde sentimos que pertenecemos para ir a tierra extranjera, al destierro. Y esa experiencia es la que compartimos muchos. El no encontrar nuestro lugar. El sentirnos inadaptados, en tierra de nadie. Jesús con su muerte, destruye todo constructo mental del yo narcisista y con su Resurrección nos introduce en el circulo Trinitario del "nosotros". Jesús es el que nos hace soñar como dice el Salmo porque nos introduce de nuevo a nuestra tierra. Nos lleva de la mano, del exilio a nuestro hogar. ***«La boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares».*** Nosotros con Dios y nosotros con los hermanos. Es la observación de lo que nos rodea fuera y la observación de lo que nos sucede de piel para adentro, la doble dirección de nuestra oración y contemplación. El proceso de la muerte a la Resurrección hace un recorrido que va de la mente al corazón. De la realidad a Dios, de Dios y de su Palabra a la realidad. En ocasiones orar con la vida es un movimiento deductivo. Dejamos que la Palabra ilumine la actualidad, no solo la realidad. En otras ocasiones es inductivo, desde lo que nos hace sufrir, desde las emociones, desde las necesidades, elevamos nuestra mirada a Dios que siempre nos responde: ***«Hago volver a los cautivos».*** Desde la mente el sufrimiento no es redentor, ***«sembrar con lágrimas»,*** la vida no es regalo, el otro no es hermano, es rival, y vivir es tortura, atrapamiento, encarcelados en el cuerpo, en los límites, en el ego que engulle a la persona y la polariza, sembrando el caos y produciéndole una ceguera patológica. ***«Al ir, iba llorando», «al volver, vuelve cantando».*** Desde el corazón es el Amor el que rige nuestra Vida y va diluyendo el temor. ES el que nos hace volver a nuestra tierra para entusiasmarnos. El Amor va conquistando sutilmente como brisa cada "reino", cada espacio que transitamos que ha construido la mente y en cada paso el dolor de ir quitando las "capas" del ego, nos acerca al otro, fundiéndonos en un nosotros. Hay un lenguaje que es infalible para llegar al Hijo de Dios, que habita en cada corazón: el entusiasmo. Enfermos estamos por la inanición de Amor. El corazón sólo reconoce y despierta ante la voz del Amado, como María Magdalena junto al sepulcro. No dialoguemos con las mentes donde el rey es el yo. A través el Salmo dialoguemos de corazón a corazón con un Dios amoroso. Es la única forma directa de traspasar las barreras y fortificaciones que la mente ha construido para protegerse en el destierro.

Cómo podemos vivirlo. El hombre de hoy no vive en el Destierro, como desterrado. Vive como Apátrida, desidentificados de todo lugar. Está en Tierra de nadie. Y cada persona habita en su propio mundo, en su propia tierra, sin conexión. Hemos pasado del relato mental al constructo mental. Vivimos con el síndrome del pensamiento acelerado. Ahora ya no hay tiempo para la experiencia porque todo va demasiado deprisa y sin tiempo no puedo asimilar nada de lo que vivo. Mi experiencia y aproximación al mundo será exclusivamente mental. La principal diferencia entre un constructo mental y un relato mental reside en su naturaleza y función.